

APUNTE; por RICARDO BRUGADA.

—Ya te convenceremos,—le decía el cura.  
—Difícil está.  
—Por buenas ó por malas, tú te rendirás,—le gruñía su padre.  
—Antes *tién* que ir *pa* hacia arriba las aguas del río... Pero no contaba el mozo con la huésped.  
Que llegaron las quintas, que *cayó* soldado y que su padre le libraba de cargar con el chopo á condición de que había de renunciar á sus amoríos con la hija del herrero.  
—Pues no renuncio ¡eal!—gritó enfurecido Vicentico.  
—Allá tú—le replicó su padre con la mayor tranquilidad.  
—Dos años se pasan pronto. Con media docena de cartas se entretienen esos veinticuatro meses y luego ¡Dios dirá!...  
Y se despidió de Carmelica, cogió su hatillo y se fué á servir al Rey. No había llegado Vicentico á Murcia cuando recibió su padre el nombramiento de cartero del pueblo que le proporcionaba el hijo del cacique.  
—¡Ya ha caído en la red *el probel*!...—decían los padres del quinto.  
Y, efectivamente, á sus manos fueron á parar y en sus manos quedaron todas las cartas de Vicentico á Carmelica.  
—¿Qué le pasará?—se preguntaba él.  
—Me habrá *olvidao*?—pensaba ella.  
Y, al cabo de dos meses de no saber el uno del otro, no faltó quien dijo á Carmelica que él escribía á otra moza de la huerta, ni quien escribiese á Vicentico que á ella la habían sorprendido *malamente* con un chalán que se alojaba en la fragua.  
—Por eso no me ha *contestao* á mis cartas—se decía Vicentico.—Y *ppá* esto me he *sacrificao* yo?... ¡Mujeres!... ¡Mujeres!... ¡Bah! Pues se acabó *por onia séculas*.  
Y mientras el mozo lloraba, allá en el cuartel, la *infidelidad* de su huertanica, por el pueblo se *corría* el rumor de que la hija del tío Cachaza se había vuelto loca.  
Y eso fué la primera noticia que le dieron á Vicentico cuando al cabo de dos años volvía al pueblo un poco más avisado y más rencoroso.  
—¡Está loca! No vayas á verla.  
—¡Ni *unque* estuviese cuerda! ¡Lo he *jurao* y *jurao* se quedará!  
—Y ¿qué piensas hacer?  
—¿Qué?... Divertirme *tó* cuanto pueda y cortejar á *toa* la que se me antoje.  
—¿*Quiés* que vayamos esta noche de parranda?  
—¡No he de querer!  
—Después de la verbena, nos agarramos á las guitarras y no dejamos dormir á ninguna moza.  
—¡Muy bien pensao! Pero con una condición. Que si pasamos por cerca de la fragua, pasemos de largo, sin pararnos á *ná*.  
Aquella verbena era la primera parte de una fiesta que los padres de Vicentico costeaban todos los años en honor de no sé qué santo... Porque á otra cosa les ganarán á ellos, pero lo que es á religiosos...  
Y mientras las mozas del pueblo bailoteaban en la plaza de la iglesia, Carmelica, recordaba allá en su encierro, otras verbenas de tiempos mejores. ¡Ella también había bailoteado! ¡Ella también había sido feliz!...

Cesaron de oírse los acordes de la murga, que llegaban á los oídos de Carmelica como un sarcasmo de la Providencia... A los pocos minutos empezó á rondar la parranda en que iba Vicentico... En el silencio de la noche se oyó clara y perceptible, á pesar de la distancia, una voz que cantó esta coplilla:

«El querer de mi huertana  
en una rama quedó;  
vino un remolino un día,  
rama y querer se llevó.»

—¡Es su voz! ¡Es él!—exclamó Carmelica.—¡Está en el pueblo y no ha querido verme! ¡Era verdad todo!... ¿A quien le habrá cantado esa coplilla?... Y ¿por quién era eso de la rama y el querer?... ¿Lo habrá dicho por mí?... ¡No, no puede ser!... ¡Si yo le quiero más cada día!... ¡Si mi único consuelo es pensar en él!... ¡Si mi única alegría es que me figuro que todo lo pasado es un sueño y que al despertar he de encontrarme en sus brazos!... ¡Yo quisiera verlo!... ¡Aunque él no me quiera!... ¡Había de oírlo de sus labios y seguiría queriéndole!...

Y encaramándose por una desvencijada escalera, agarrándose á los hierros de la reja de la ventana de aquel cuartucho, destartado y obscuro, consiguió ver un trozo de la huerta. A la luz de la luna distinguió un grupo... Era la parranda que se acercaba á la fragua.

—¡Deben ser aquéllos!... ¡Sí, ellos son!... ¡Y aquél es Vicentico!... ¡Mi Vicentico de mi alma!... ¿Vendrá por mí?... ¡Ya se acercan!... ¡Ya los distingo á todos!... ¡Está lo mismo que cuando me quería!... ¡No; lo mismo no! Porque ahora no me quiere... Es decir...

La parranda llegó á la puerta de la fragua... Carmelica contuvo la respiración y fijó la vista en aquel hombre por quien se moría, olvidada de todos, en aquella odiosa prisión.

—No os paréis—gritó Vicentico.—Ya sabéis que salí á condición de no pararnos frente á la fragua. ¡Vamos *pa* casa de la Dolores! Nosotros no hemos salido *pa* rondar á las locas.

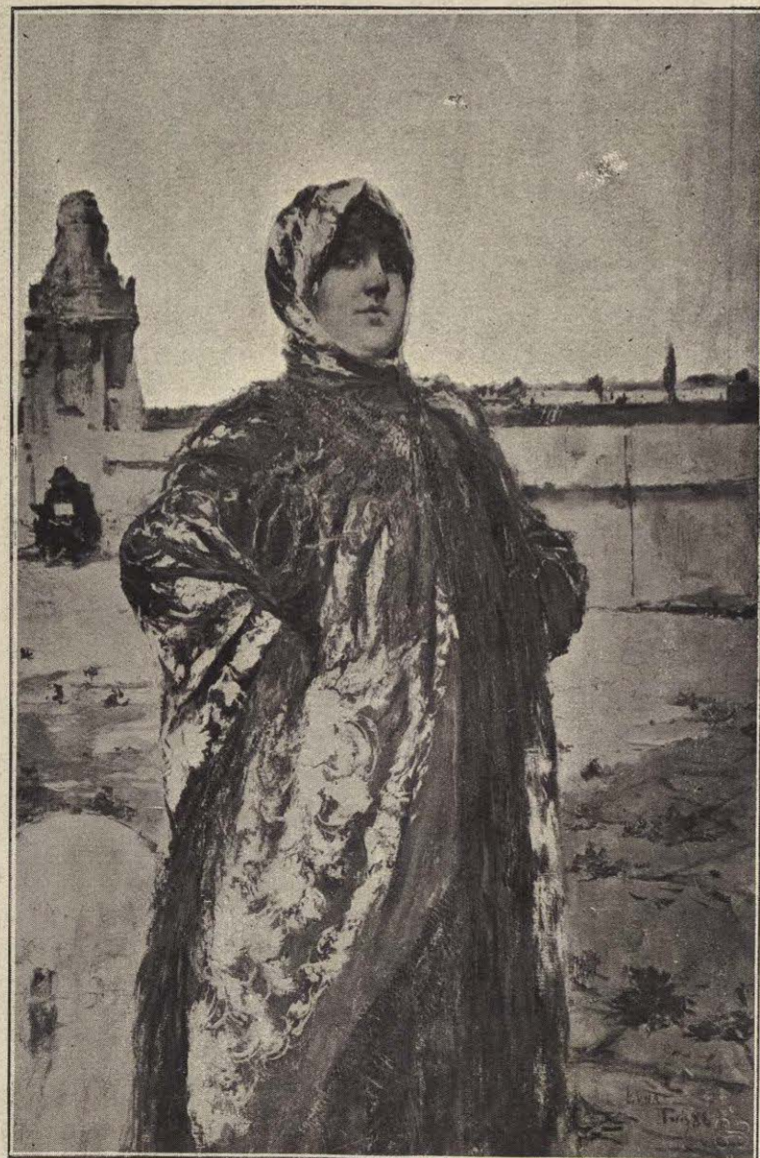
Carmelica creyó que el mundo se le venía encima.

—¡El también!... ¡todos lo mismol!... ¡Local!... ¡Sí, lo estoy!... ¡Loca por él!... ¡Porque le quería con toda mi alma!... ¡Porque, á pesar de haberlo oído de sus labios, le quiero!... ¡Local!... ¡Sí, local!... ¡Porque creí que la felicidad no se separaría nunca de mí!... ¡Porque creí que en el mundo se perdónaba todo!... ¡Porque creí que en la tierra sólo se purgaban las faltas propias!... ¡Ya no lo veo!... ¡Ya no lo verá nunca!... ¡Ya acabó todo para mí!...

Bajó los peldaños de la escalera y echóse, llorando y rugiendo de ira, sobre el camastro donde había pasado tantas noches en vela pensando en él, en su Vicentico.

Y mientras Carmelica lloraba y se golpeaba y gritaba acabando de perder su desequilibrada razón, allá fuera se oían los últimos acordes del paso doble de la parranda y las primeras campanadas de la iglesia llamando á los fieles á la misa que costeaban los padres de Vicentico...

FELIPE PÉREZ CAPO



Cuadro de J. LUNA.

## BELLAS ARTES

Con el título *Después del baño* expuso Francisco Masriera en el Salón Robira el pasado mes de Diciembre el hermoso cuadro que figura en la portada de este número, llamando la atención de las personas inteligentes.

El éxito fué justificado. La graciosísima actitud de la figura, cuya expresiva cabeza se dirige al espectador; la delicada combinación de los colores, calientes y armónicos en la figura, destacando del fondo finamente gris de los mármoles; la minuciosa labor de todos los accesorios, y, sobre todo, el arte exquisito que se desprende de todo el cuadro, de gusto clásico á pesar de sus componentes modernos, valieron á Masriera los más calurosos elogios.

*Veneciana*, de José María Marqués, es una preciosa impresión de color, pintada con el garbo y facilidad propios de este distinguido artista; linda transcripción de uno de los selectos rinconcitos de la hermosa ciudad de las lagunas.

Plácido Francés ha pintado exprofeso para el ALBUM SALÓN este severo *Otoño*. El buen labriego castellano, cuyo traje de sobrias y obscuras tonalidades tan bien armoniza con el árido color de la tierra, rompe y revuelve con su azada el duro terruño, para preparar la sementera. La sencilla composición tiene color local, y produce en el ánimo cierta impresión de tristeza, lo que prueba que con medios muy simples se pueden lograr efectos artísticos.

Del arquitecto acuarelista Buenaventura Pollés y Vivó es el bonito apunte de la calle del Palacio, de Soneja, que copiamos. Es una acuarela tratada con cariño, admirablemente dibujada y, por lo tanto muy bien resuelta de perspectiva.

El dibujo colorido que cierra el número, dentro de su misma simplicidad, es una nueva muestra del talento de observación de J. Nogué.

FRANCISCO CASANOVAS



TERESA PARTAGÁS ANTIGA

Fot. de Napoleón.

DISTINGUIDA PROFESORA DE MÚSICA Y PIANO, PROCEDENTE DEL CONSERVATORIO DEL LICEO. PRIMER PREMIO EN TODOS LOS CURSOS Y EN LOS EXÁMENES DE PROFESORADO.

Autora de la pieza musical que acompaña á este número.

## EL ÚNICO RETRATO

(FACETA)

CUÁNTO la había mirado durante las largas veladas de invierno que pasaba á su lado! ¡Cómo saciaba sus ojos admirando su hermosura cuando, en pleno campo, iluminada por el sol, rodeada de flores y hojas, corría y saltaba como una cervatilla, contenta al sentirse libre y feliz en el seno de la naturaleza! ¡Cómo se había grabado en su retina su imagen! A veces le parecía ver las cosas y las gentes á través de un transparente de aquella imagen querida. Recordaba los menores detalles de su rostro, de su cuerpo. La imperceptible arruga que formaba su entrecejo cuando intentaba fruncirse, la diminuta peca que adornaba su cuello, los delicados planos de las alitas de su nariz, el vello finísimo que cubría el lóbulo de sus orejas diminutas, la forma de las uñas, la línea de la vida de sus manos, bruscamente cortada por otra transversal.

¡Sí, la veía, la veía como si aún viviera. Y cerraba los ojos para verla mejor

y evitaba la luz y vivía entre tinieblas, y llamó los médicos más eminentes á consulta.

—Doy toda mi fortuna, que es grande, al que me asegure la vida.

—Todos somos mortales, caballero.

—¡Yal! Pero yo no puedo morir.

—¿...?

—No, no puedo morir. ¿Saben por qué? Jamás la humanidad ha producido un sér tan perfecto como la que fué mi mujer. No existe retrato alguno de ella. Sólo yo le guardo en mi retina. Si muriese, ese retrato desaparecería y eso fuera un sacrilegio. No puedo, no puedo morir.

Y Juan miraba, miraba hacia adentro y sonreía á la imagen que sólo él podía ver en este mundo.

\*\*\*





COSTURERA

## ANTONIO PÉREZ

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Si Felipe II fué, como sus partidarios aseguran, el Rey más grande de su tiempo, su ministro Antonio Pérez fué el político más profundo y más hábil de su época.

Conozcámosle.

Antonio Pérez había nacido en Monreal de Ariza, pueblo del antiguo reino de Aragón, y era hijo de Gonzalo Pérez, secretario del emperador Carlos V.

Habiendo recibido una esmerada educación, siguiendo sus estudios con el mayor aprovechamiento en la célebre Universidad de Alcalá, viajó luego por toda Europa, ansioso de aprender la ciencia del gobierno.

A su vuelta fué presentado al rey Felipe II por Rodrigo Vázquez. Secretario del despacho de Hacienda, su amigo entonces, y más tarde su mortal enemigo, quizás por envidia de su pronta elevación; quedando tan prendado de él el Monarca que al instante le agregó á su servicio, y no tardó en encombrarle al alto puesto de primer ministro, en que por largos años se mantuvo Pérez, tan querido como admirado.

El 3 de Enero del año 1567 casó Pérez con doña Juana Coello y Bormediano, que tan importante papel debía jugar en la vida del ministro.

Sabido es que no hay nada tan inseguro como el favor de los reyes, y lo

que no pudieron lograr las mil dificultades del Gobierno de una tan vasta monarquía, lo alcanzó una miserable intriga de amores.

Era amante del piadoso Rey, la hermosa princesa de Eboli; pero la mujer suele ser inconstante y caprichosa; la dama era apasionada y tierna; Don Felipe taciturno y viejo, Antonio Pérez gallardo y talentoso...

Los amores de la Princesa y el ministro coincidieron con la llegada á Madrid de don Juan de Escobedo, secretario del heróico Don Juan de Austria, hermano bastardo del Rey, quien venía á solicitar el envío de los anunciados refuerzos, mil veces prometidos al vencedor de Lepanto para acabar la guerra de los Países Bajos, y nunca mandados.

Según unos, Rodrigo Vázquez advirtió al Monarca de las relaciones entre su amada y el ministro; según otros, Escobedo, que había servido en casa de la Princesa, amenazóla con descubrir al Rey las relaciones que mantenía con Antonio Pérez. De cualquier modo que fuese, la madeja estaba destinada á enredarse, ya que el ministro, advertido del peligro que corrían, por la de Eboli, decidió librarse de un enemigo que tanto daño pretendía causarle, denunciándole al Rey como agente secreto de Don Juan de Austria y proponiéndole su muerte. Aceptó Don Felipe II con un doble objeto, privar á su hermano, de quien siempre sospechaba que pretendía alzarse con el



ANTONIO PÉREZ RECIBIENDO Á SU FAMILIA DESPUÉS DEL TORMENTO

Cuadro de VICENTE BARRÁS.

Fot. de J. Laurent y C.<sup>a</sup>

trono de los Países Bajos, de un hombre de la valía de don Juan de Escobedo; y arrojó sobre Pérez toda la culpa del hecho, para perderle, vengando así sus celos.

Una noche, Escobedo fué acometido al salir del Alcázar, en la callejuela que formaba el camarín de la iglesia de Santa María de la Almudena, por cuatro hombres que le hirieron de muerte, recibiendo en pago de su infame hazaña un montón de oro y el nombramiento de alféreces de los tercios de Portugal.

El Rey, firme en su proyecto, escuchó las quejas y reclamaciones de la viuda y los hijos de Escobedo, y desterró primero, y más tarde mandó formar causa á Antonio Pérez, con el socorrido pretexto de haber malversado los caudales públicos. Preso, y puesto á tormento por el Presidente del Consejo de Hacienda, Rodrigo Vázquez, nombrado su juez, resistió con la mayor entereza los horribles dolores de la tortura, sin confesar el falso delito que se le imputaba.

En la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1884, figuró el cuadro que hoy copia ALBUM SALÓN. Su autor era el laureado artista don Vicente Barrás. El público se apiñaba delante de este hermoso lienzo, de asunto tan interesante y tan bien ejecutado. Entre el carcelero indiferente, y el juez severo, hállase colocada la víctima, á la que rodean con lágrimas en los ojos su angustiada esposa y sus inocentes hijos. Entre tanto, el prudente Monarca se había apoderado de todos sus papeles, temeroso de que entre ellos se encontrara la autorización dada á Pérez para matar al secretario de su hermano, y encerrado á la Princesa en el castillo de Pinto.

Merced al noble auxilio de su valerosa mujer, pudo escapar Antonio Pérez de la cárcel y, ayudado por su leal amigo Gil de Mesa, partir á Aragón la noche del Miércoles Santo de 1590. Alcanzado en Calatayud, fué conducido á Zaragoza, donde, como aragonés, reclamó el fuero de la *Manifestación*,

sin ser atendido, encerrándole las justicias en la torre de la Aljafería. Alborotado el pueblo, lanzóse á las calles, asaltó la prisión, sacó á Pérez y le llevó á la cárcel de la *Manifestación*, conforme á los fueros de Aragón; y es fama que los zaragozanos iban por las calles cantando:

«Hagan fuero á Antonio Pérez  
de la *Manifestación*,  
porque sólo á los herejes  
los prende la Inquisición.»

Los inquisidores, para vengarse, ordenaron á los arcabuceros que tenían ocultos y dispuestos, que hiciesen fuego sobre el pueblo. Entonces los populares se arrojaron sobre ellos, los vencieron y pusieron en libertad á Antonio Pérez, facilitándole así la evasión á Francia.

Mientras en París era objeto de las mayores atenciones por parte del Rey de Francia y de la Reina de Inglaterra, en Madrid, el rey don Felipe II se ensañaba contra la amante esposa de Pérez y sus tiernos hijos, secuestrando sus bienes y manteniéndolos encerrados en la más rigurosa prisión, en la que al fin debía morir la noble doña Juana [de miseria y de hambre].

Tantos y tan crueles dolores acabaron con la existencia de Antonio Pérez, que falleció en París el día 3 de Noviembre del año 1611, siendo enterrado en el convento de los Celestinos.

El nuevo rey Felipe III, más benigno y, sobre todo, más justo que su padre, restableció la buena memoria de tan ilustre patricio.

Antonio Pérez era un escritor castizo y elegante, como lo demostró en sus *Cartas* y sus *Memorias*, con las cuales vino á enriquecer las letras castellanas del siglo XVI. Pudo tener como hombre sus defectos, pero, en cuanto á gobernante, la mayoría de los historiadores le reconocen quizás como el político más grande, y como el ministro más hábil de su siglo.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS